



2 de noviembre de 1879

DESEO DEL CIELO Y PURIFICACIÓN A TRAVÉS DEL SUFRIMIENTO

Madre María Eugenia

Mis queridas hijas:

Nos encontramos hoy entre dos hermosas fiestas, Todos los Santos y la conmemoración de los fieles difuntos, que también puede llamarse fiesta, ya que en ese día se libera un gran número de almas por las oraciones de la iglesia.

Estas dos fiestas atraen nuestros pensamientos totalmente fuera de este mundo. En efecto, ¿qué nos espera? ¿Dónde estaremos en un futuro próximo? ¿Qué deseamos? Porque desear algo en la tierra es una gran locura, cuando podemos aspirar a los bienes celestiales, cuando podemos prepararnos para la felicidad eterna, aceptando las cosas de aquí abajo que nos ofrecen ocasiones de sacrificio.

Hay dos cosas que me gustaría decirles acerca de esto. Primero, os recomendaría que examinaseis si tenéis deseos, porque, según el autor de la *Imitación*, es raro que nuestros deseos no estén manchados por alguna imperfección, cuando no están enteramente sujetos a la voluntad de Dios. Así que no tengamos deseos, me refiero a las cosas de esta tierra: estar aquí o allá, tener esto o aquello, obtener tal consuelo, tal empleo, ¿qué sé yo? De esos deseos que se harán realidad aquí abajo hay que tener muy poco, y este poco hay que dejarlo en Dios, someterlo enteramente a su voluntad. San Francisco de Sales dijo: *Tengo pocos deseos; pero, si volviera a nacer, quisiera no tener ninguno y no tener otra voluntad que la muy querida y muy santa voluntad de Dios.*

Lo mismo diré de las cosas que se encuentran en la voluntad. La voluntad se aficiona a las cosas que se desean fuertemente. En la medida en que uno se desprende de los deseos que podría tener en la tierra para este año, para el año que viene, se enciende en sí un deseo más ardiente de la felicidad celestial. Sin duda se tiene que estar sometida a Dios para la hora y el momento en que nos quiera llamar. Porque para decir: "Me gustaría ir allá dentro de una semana, dentro de quince días", se tendría que estar segura de estar preparada.

Se comprende que la Santísima Virgen haya muerto de amor por el ardor de sus deseos, porque no había en ella ni una sola mancha. También se comprende que Santa Teresa haya podido morir por el ardor de sus deseos, porque si hubo manchas en su vida, las borró perfectamente. No creo que podamos lograr lo mismo.

El ardor de nuestros deseos no debe relacionarse con el momento, sino con la cosa, con Dios, con la dicha de verlo y poseerlo. Por eso, hay que desear poseerlo más aquí abajo, tener los ojos más fijos constantemente en él, amándolo más y más,

finalmente hacer muy frecuentemente y poner en práctica esta hermosa oración de San Ignacio que me gusta tanto y que muchas veces os he citado: *Recibid, oh Dios mío, toda mi voluntad, toda mi libertad; dadme vuestro amor y gracia, que esto me basta*. En efecto, si nuestros pensamientos, si nuestros deseos, si todo lo que hay en nosotras va hacia el amor y la gracia de Jesucristo, comenzaremos aquí abajo a tener los ojos fijos sólo en Dios, nos desprenderemos y nos purificaremos por este medio.

Los santos llegaron al cielo por la práctica de las virtudes, y muy especialmente por la fidelidad a la oración. Si todo santo tiene un carácter que le es propio, no hay ninguno que no haya orado mucho; la oración es el principio y el medio de toda santidad, pero se va al cielo través del sufrimiento. Es necesario que todas las piedras destinadas a entrar en la Jerusalén celestial sean talladas en esta tierra, como lo diremos en el himno de la Dedicación. Los que aquí abajo no han aceptado el sufrimiento pasarán por las llamas del purgatorio, para que los sufrimientos de la otra vida operen en ellos la purificación necesaria para entrar en la Jerusalén celestial.

No creáis, hermanas mías, que se trata sólo de los sufrimientos del cuerpo. Hay momentos en que Dios los envía, y son muy purificadores; los dolores de una larga enfermedad, un estado de languidez, de debilidad, las angustias de última hora, todo eso es muy purificador. Sin embargo, sobre todo entre nosotras, no es tanto el cuerpo el que peca, sino el espíritu.

¿Cuáles son nuestros pecados en general? Distracciones, impaciencias, movimientos de amor propio. Es el alma, es especialmente el espíritu quien comete las faltas, por lo tanto, todos los sufrimientos del espíritu, todos los sufrimientos del corazón, todos los sufrimientos del alma, todas las contradicciones, todas las cosas que no quisiéramos encontrar en nuestro camino y que es voluntad de Dios que las encontremos, todo esto debe ser aceptado.

Dios no nos pide cosas que están fuera de nuestro alcance. Todos los santos dicen que los sufrimientos que Dios nos envía son infinitamente más valiosos a sus ojos que los que elegimos nosotros mismos. Por lo tanto, es necesario tener un gran ardor para llevarlos bien. En este sentido nuestra Regla nos dice que debemos esforzarnos *para no quejarse de nada ni de nadie, y abrazar las contradicciones en espíritu de paz y mansedumbre*¹, llevando, entre Dios y sí mismo, las cruces pequeñas o grandes, para tener más mérito para la eternidad, y obtener así ese gran efecto del sufrimiento, que es purificar el alma y para hacerla capaz de la dicha celestial.

Así, tengamos grandes deseos, una gran paciencia, una gran benevolencia para aceptar todo lo que pueda ser una contradicción para nosotras en este mundo y darnos mérito. Tratemos de no llorar sobre nosotras mismas, de no quejarnos, de ofrecer nuestras cruces a Dios con un corazón libre y alegre, con miras a la felicidad eterna, para no encontrar nada muy pesado.

La verdad es que nuestras cruces no pesan mucho si las comparamos con las de la gente del mundo. Veo algunos que carecen de todas las cosas de la vida, otros que se preocupan por sus hijos, penas con sus padres, contradicciones, malos tratos dentro de ellos.

Hay ciertamente, en los dolores de gente del mundo, cruces que son diferentes a las nuestras. ¿Cómo las llevan, ya que tienen menos gracias que nosotros? Las llevan, porque no tienen otro remedio. Muchas veces es quejándose, lamentándose, porque

¹ Constituciones, capítulo: *De la humildad*

no tienen bastante con relación a la ciudad celestial. Si nuestras propias cruces son más pequeñas, más moderadas, debemos llevarlas en vista de la ciudad celestial, y también por nuestra miseria.

Me gustó mucho lo que alguien me dijo, hablándome de dolores y sufrimientos: "Digo a Dios: Dios mío, los he merecido, es verdad; pero los acepto con todo mi corazón por tu amor". Entremos, hermanas mías, en este doble sentimiento. Por un lado, aceptemos las cruces diciendo: "Me las he merecido"; pero añadamos: "Dios mío, lo acepto por tu amor. " Entonces el sufrimiento es más meritorio para la vida eterna que si uno se detuviera sólo en la resignación, en la aceptación paciente. Esta primera disposición ya es buena; pero es inferior a la aceptación amorosa que se une a la paciencia.